

elojo interior

SEMILLAS PARA LA CONSCIENCIA CIUDADANA



Ciudad Poética

Distribución Gratuita



AHAD
Consultoría Integral



Promoviendo el compromiso con la Educación, la Salud y la Protección de la Naturaleza

**ASOCIACIÓN CULTURAL
EL OJO INTERIOR**
Dirección
Patricia Meléndez y Franco Castañeda
contacto@elojinterior.org
☎ 9980 786 20
COLABORADORES - 46^{ta} Edición - Año V - 2020
Kingsley L. Dennis

Sociólogo y escritor inglés radicado en España. Fue profesor universitario de literatura inglesa y americana en Estambul, y de sociología en el Reino Unido.
www.kingsleydennis.com

Alberto Benavides Ganoza

Escritor, promotor cultural y agricultor. Fundó la Escuela Libre Puerto Huamán en Samaca, Ica. Dirige actualmente la Biblioteca Abraham Valdelomar de Huacachina y el sello editorial del mismo nombre.
escuelalibrepuertoahuamani.com


Alonso del Río

Dirige el centro de sanación y enseñanza del Camino Sagrado Americano Ayahuasca Ayllu, y la escuela intercultural Wiñaypaq que da educación gratuita a más de 80 niños en la región de Cusco.
www.ayahuasca-ayllu.com


Inés Cook

Escritora, poeta y compositora
inescook@gmail.com

Pedro Favaron (Inin Niwe)

Poeta y fundador de la clínica de medicina tradicional Nishi Nete en la comunidad nativa de Santa Clara de Yarinacocha, del pueblo shipibokonibo.
 **Nishi Nete Medicina Tradicional**

Florentino Díaz Ahumada

Poeta y escritor, docente e investigador. Ha realizado estudios en medicina tradicional oriental.
florentino14@hotmail.com
 **Florentino.Diaz.Artista**

David Novoa

Poeta por naturaleza
mochezoo@hotmail.com

www.elojinterior.org

Esta edición se hace en concordancia con lo dispuesto por la legislación peruana vigente sobre los derechos de autor, Ley 13714, Art. 69

Deberíamos estar atentos a nuestra propia transformación y ser conscientes de ella;

de cómo cada día trae nuevos impactos, emociones, oportunidades de aprender.

Vivimos en una escuela inmensa, dinámica, viviente; nada es estático.

No somos máquinas, autómatas robóticos que responden a los estímulos que se les aplican.

Somos seres emocional y espiritualmente complejos que tienen una miríada de encuentros,

acontecimientos y experiencias de las que aprender, con las que crecer y evolucionar.

Deberíamos esforzarnos para recordarlo, para evitar las cosas que nos apaciguan,

embotan nuestros sentidos y nos hacen sentirnos pequeños y despreciables.

Somos seres energéticos; estamos aquí y ahora para potenciarnos,

no para ser suprimidos, oprimidos ni reprimidos.

*

Es hora de recordarnos a nosotros mismos que somos más fuertes

y tenemos más poder de lo que a menudo nos damos cuenta.

Mientras tengamos libertad, debemos ejercitarla.

Como un músculo, que cuanto más ejercitamos más fuerte se hace.

Esta es la libertad de elegir cómo queremos vivir;

y lo que es importante: cómo escogemos pensar.

La libertad mental y emocional es primordial, y nunca deberíamos permitir

que otros nos la arrebaten.

Si hay una «mente herida» deberíamos sanarla.

KINGSLEY L. DENNIS

Esta publicación es gratuita y se sostiene gracias al apoyo de personas que creemos que sembrando consciencia podemos cocrear un mundo mejor. Si tienes la posibilidad de colaborar económicamente con este proyecto, hazlo en:

INTERBANK (DÓLARES): 612-3095152880 / NRO DE CCI: 003-612-013095152880-96

Alonso del Río



La distorsión

La realidad es una, pero cada uno la lee y la interpreta con su respectiva mente. Lo que a veces olvidamos es que cada mente -siguiendo el principio de diversidad- es igual que un cristal cóncavo o convexo que le da un distinto grado de distorsión (difracción en términos técnicos) a la imagen que vemos a través de ella.

Habrán mentes que después de mucho experimentar han podido detectar y corregir su distorsión y otras que juran y juran que lo que ven es real. Es claro que la imagen distorsionada es real y merece todo respeto (esto es el origen de las "creencias"), pero a estas alturas del camino la persona que no es capaz de reconocer el particular grado de distorsión con el que pretende interpretar la "realidad" está en serios problemas, porque para realmente avanzar tienes que estar parado internamente en el lugar más real que puedas dentro de ti mismo.

Desde allí puedes lograr muchas cosas. Desde la mentira o el autoengaño nada puedes hacer, solo confundirte más y confundir a los otros.

La realidad es una y según la distancia -en términos de consciencia- en la que cada ser se encuentra respecto a la unidad, será la magnitud de su distorsión.

Todo mi respeto por el proceso que a cada uno le toca vivir, pero el verdadero problema surge de la terquedad de creer que lo que veo o entiendo es la realidad final. Así muchas personas hacen lo indecible para manipular a los demás tratando de imponer su distorsionada y fanática interpretación.

Por eso todo lo que escribo trato de hacerlo desde la mayor relatividad posible y ofrecerlo apenas como una propuesta, calculando mi propio grado de distorsión y los intentos de mi ego -por más mínimos que sean- de manipular a los demás, de esta manera intento que mi trabajo sea pulcro y eficiente y así cada día me permito dar, aunque sea, un pequeño paso hacia una realidad mayor.

Yo me libero en la medida que ayudo a que alguien se libere, pues nos liberamos juntos, los unos a los

otros; liberándonos de las propias mentiras y de las ajenas. Por el contrario, nos encadenamos cada vez que intentamos someter a alguien manipulándolo con nuestras mentiras o intentando imponer nuestras distorsiones.

Recuerdo que de niño fui a un parque de diversiones en el que había el típico juego en el que tenías que derribar los patitos con una escopeta para obtener un premio. El truco -para no dar tantos premios- era que la mirilla de la escopeta estaba manipulada para que el tiro siempre cayera más alto. Después de un par de disparos pude corregir la distorsión y salir con mi premio.

Con la lectura que tiene el ego de la vida pasa algo muy parecido, bájale un par de puntos al ego, calcula su distorsión y verás cómo das en el blanco.



Encuentro Danzas de Paz Universal

21 - 23 Febrero



Desde el comienzo de los tiempos, el movimiento sagrado, el canto y el cuento han congregado a la gente en los momentos de las ceremonias y celebraciones estacionales, como parte de la cotidianidad y los pasajes de la vida, en la renovación diaria y la meditación. Las Danzas de Paz Universal son parte de la tradición atemporal de la Danza Sagrada.

El logro magistral de la vida del guía Sufí y maestro Zen, Samuel L. Lewis, las Danzas, acomodan las escrituras y frases sagradas de las tradiciones espirituales del mundo con música y movimientos. Las Danzas son una práctica espiritual transformadora, invocando un sentido de unidad en el cuerpo, la presencia y la compasión y atisbando la esencia espiritual

dentro de cada cual. Ofrecidas en una atmósfera de seguridad, autenticidad y presencia consciente, las Danzas evocan una experiencia unificada del movimiento, el sonido, la respiración y la frase sagrada.

Murshid Sam, como fue conocido por sus pupilos Sufíes en los 1960's, promovió las Danzas, las Caminatas Meditativas y otras prácticas esotéricas para despertar los corazones y las mentes de sus pupilos Sufíes y para crear una experiencia de Unidad extática. Las Danzas hoy en día continúan siendo una práctica integral de muchos que buscan sostener su verdadera naturaleza descansando en la Unidad de todo.

Hoy en día las Danzas se enseñan de forma muy parecida a como Samuel Lewis las presentó. No se requiere de ninguna experiencia musical o dancística y todos son bienvenidos a acercarse. La participación y no la presentación es el enfoque. No se requiere ningún atuendo especial y los danzantes tampoco tienen que traer una pareja.

Los participantes forman parte del círculo tomándose de las manos formando un círculo con el líder de la Danza, y posiblemente con los músicos en el centro. El líder enseña la frase sagrada, la melodía y los movimientos para cada Danza y quizás algún contexto sobre esa danza particular. La enseñanza siempre proviene de un corazón compasivo en un ambiente confortable,

silencioso y a menudo sagrado. Cuando la lírica de la Danza incluye las frases sagradas en idioma nativo, se presta atención para asegurarse de que todos tengan una amplia oportunidad de pronunciar estas palabras no familiares con comodidad y correctamente. La mayoría de las Danzas solo constan de cuatro frases que se repiten varias veces, entonces el aprendizaje es a menudo rápido y fácil: en diez minutos los danzantes se están moviendo, cantando y compartiendo.

Las más de 400 Danzas incluyen temas de paz (interna y externa), sanación (de la Tierra, de los individuos y de la familia global) y la celebración del gran misterio de la vida. Los danzantes se enfocan en la verdad contenida en la frase sagrada o en el texto que se haya acomodado con música y movimiento en la Danza. Los danzantes comúnmente experimentan una paz colectiva, armonía, un sentido de solidaridad y comunidad, y una comprensión interna de la universalidad subyacente de todas las tradiciones espirituales del mundo. A menudo se logra una comprensión y aprecio de otras culturas, así como también del sendero y religión propios.

El ambiente que se genera en las Danzas es infinitamente variable, evocando sensaciones de amor, alegría, paz, compasión y éxtasis. El enfoque radica en la frase sagrada, que a menudo señala verdades de la Vida que no se pueden poner en palabras. Lo que el danzante experimenta fluye desde el contexto de la presencia sagrada del uno hacia el otro y hacia el grupo como una totalidad. La experiencia de la Unidad de la familia humana con toda la Vida y una saboreada de la esencia natural propia son unos de los regalos que las Danzas pueden otorgar a los que entran en contacto con ellas.

Danzas de Paz Universal en Tierra Langla

Continuando con este ciclo de Encuentros de Danzas de Paz, del 21 al 23 de febrero nos visita Grace Marie de EEUU, abuela de las danzas de paz con muchos años compartiendo danzas por todo el mundo. Te invitamos a explorar un viaje hacia la belleza, la armonía y el amor.

Será un fin de semana en el que juntos evocaremos con danzas, meditación, yoga y alimentación consciente la energía armonizadora de la paz, y desde ese lugar tener un contacto profundo entre nosotros y con la Naturaleza, que vestida de primavera, llena de color y abundancia se prepara para dejarle la posta al caluroso y abundante verano...

En cientos de lugares en todo el mundo se sostienen círculos de danzas de paz universal que insuflan a la Gran Trama una sutil y poderosa impronta de paz y amor, tan necesaria en estos tiempos polares en los que a veces olvidamos nuestra raíz sagrada: calma, amorosa.

Grace Marie

Grace Marie es maestra internacional y facilitadora de Danzas de Paz Universal, por más de 25 años. Ella enseña 4 partes del Canto del Templo Armónico, la voz y la meditación del movimiento que se entrelazan en sus talleres experimentales guiando el viaje del corazón y el alma.

La primera vez que Grace estuvo en Perú para enseñar danzas fue en 1999. Organizó 3 entrenamientos para líderes de danza en Perú. En 2006, Grace organizó una reunión de danza sudamericana, donde Perú fue anfitrión de participantes de la mayoría de los países de Sudamérica.

Ella es una iniciadora con el *Sufi Ruhaniat International*, y una Mentora de Danzas de Paz Universal. Ella ha organizado y co-facilitado sesiones de danza, campamentos y entrenamientos de líderes en todo el mundo durante más de 25 años.

Trabajando con muchas tradiciones de sabiduría en todo el mundo, Grace ha enriquecido el repertorio de Danzas de Paz Universal, adaptando las oraciones tradicionales en canciones significativas y acompañándolas con danzas originales, perspicaces e inspiradoras.

El estilo de Grace es alegre, profundo y extático. Sus CDs, *Kunda* y *One Love*, grabados en Perú por Pepe Chiriboga, con músicos peruanos, y *All My Relations* se escuchan en todo el mundo. Ella está grabando un nuevo CD, que estará disponible en 2020.

www.tierralangla.pe/single-post/danzas

Alberto Benavides Ganoza



Una meditación acerca de la esencia de la Educación

Las palabras mismas nos dan un indicio de qué se trata. “Educación” viene del latín “educare”: la noción de conducir está aquí presente. Se trata de llevar como por un ducto; conducir al niño o en general al educando. Es conducir al niño a los modos de vida de su sociedad, comenzando por un lenguaje específico. Educar es entonces transmitir patrones de vida, modos de mirar.

Cuando el padre levanta el dedo y le dice al hijo: “mira, una cuculí”, ya la vista de ese niño o niña se irá mirando cuculíes un buen tiempo, o quizás

no se le quite nunca esta afición por mirar cuculíes que su papá le enseñó en un parque cuando le dijo: “mira...”

Conducir los sentidos y la inteligencia es lo que pretende la educación.

Pues bien, ¿hacia dónde conducir a nuestros niños y jóvenes? Hoy nadie tiene una respuesta a esa pregunta. Los cambios tecnológicos, los aparatitos y computadoras han cambiado por entero el panorama.

Mi amigo Paco Pérez en Ica decía con razón que la Internet es la democratización de la cultura.

Pero hay algo que sí se requiere del alumno: atención. Incluso para la computadora (y quizás aún más) se requiere atención, estar presente ante lo que está conociendo, prestarle atención.

Prestamos atención a lo que nos interesa, lo que nos concierne, lo que es parte de nosotros: inter-esse.

Según la tradición budista todo es interser.

Lo mismo pensaban los antiguos peruanos cuando hablaban de montes y ríos sagrados. Para ellos todo fue sagrado porque vieron a dios en cada piedra.

¿Cómo puede el hombre moderno recobrar las fuentes de la atención? El camino que yo señalo es el de la meditación.

Pero la meditación tiene muchas maneras: un paseo en el campo, una buena lectura. Pero siempre especialmente la meditación sentada, que significa PARAR, detener el flujo de las imágenes que nos traen el dolor por el pasado y la angustia por el futuro.

Meditar es quedarnos en el presente.

Para leer yo les recomiendo que acudan a la coca que los mantendrá bien despiertos.

*

La educación está relacionada con la meditación.

La palabra meditación está relacionada con medicina y médico. Meditación es medicina, quizás de las más antiguas.

En quechua es *yuyay* que significa pensar, meditar, pero también recordar.

*Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte.*

La metáfora del despertar ha estado presente universalmente porque despertamos cada mañana y a veces nos damos cuenta.

El acto de despertar como el de entender ocurre en

chispazos de atención en medio de nuestra habitual desatención. “No ven, no oyen”, dice Heráclito.

Sin embargo, dice Aristóteles: “Todos los hombres desean por naturaleza conocer. Podríamos decir que está en nuestra naturaleza (que es lo que nos brota de por sí) el querer conocer el mundo, el querer relacionarnos con el mundo del que somos parte: “somos la tierra pensando”, ha dicho un amigo mío.

La antigua religión de Pachacamac y la Pachamama lo tuvo claro: el hombre es la palabra, pero es también el labriego, el que cuida amorosamente la tierra. Sería maravilloso que volviéramos a ser un país de campesinos; quizás sea la única esperanza y sería maravilloso que miles de jóvenes dejen las ciudades. La gran educadora es la Naturaleza, todo lo demás son burocracias. Obviamente queremos acercarnos a las ciencias, precisamente porque ellas estudian la naturaleza.

Hemos hablado en el título de nuestra ponencia de la esencia de la educación. La esencia responde a la pregunta ¿qué es?

¿Qué es la educación? Le he hecho esta pregunta a mis amigos, sobre todo a los profesores. Yo mismo no llego a una respuesta clara. Estoy seguro que en general los colegios no educan, la TV tampoco. Por ahí hay un profesor o una experiencia escolar que valga la pena.

Es evidente que mientras la profesión del profesor no sea valorada y bien pagada, lo que tendremos en la educación no será sino mediocridad.

Pero no ha de bastar en el futuro el sistema escolar. Creo que los colegios deberían quedar en el campo,

que los niños deben aprender a subir árboles, a sembrar y a cosechar. Deben además acercarse a las letras y las ciencias, deben aprender lenguas y aprender a ser ciudadanos del mundo. La educación ha de repartir semillas de ciudadanía. Y eso es lo que hace tan importantes a las bibliotecas. Hoy es mejor hablar de centros culturales. Esos lugares abiertos y convocantes significan instrucción para el ciudadano de todas las edades. El centro cultural es un lugar de encuentro entre gente pensante. Es pues un lugar de diálogo. ¿Qué puede ser políticamente más importante?

Por último, quiero pedirles a ustedes una breve meditación. La meditación, a diferencia del diálogo, no busca las palabras: lo que los antiguos maestros budistas nos dicen es que nos sentemos con la columna recta y que respiremos hasta el estómago y que seamos conscientes del hecho primordial de la vida: inhala-exhala.

Los ojos, nos dicen, deben estar abiertos mirando algún punto a un metro y medio.

Se trata de realizar con consciencia lo que es propiamente la condición indispensable de la vida: respirar. Respirar y sonreír, nos dicen los antiguos maestros, porque los músculos de la cara, aún forzados, nos conducen a la alegría y el conocimiento ha de ser alegre.

**CONFERENCIA EN LA UNIVERSIDAD PARA EL
DESARROLLO ANDINO – HUANCAMELICA.**

Florentino Díaz Ahumada



Manifiesto para una Lima: Ciudad Poética

1. Denominamos Ciudad Poética a un sentir, una conjunción -hecha urdimbre de experiencias- entre los seres humanos, como consciencias despiertas, plenas y prudentes, con su universo e incluso con esos “más allá” del universo.

2. Sabernos en la ciudad es una forma de entender el espacio, una estructura intensa y precisa contemplada por el fluir de nuestra consciencia al interactuar con ese *otro-aire-retorno*. Es decir, la ciudad -como ritmo y movimiento- es la manifestación de una voluntad que finalmente expresa nuestra propia interioridad.

3. Una Ciudad Poética es una ciudad que siente. Como manifestación propia del cuerpo, es

también un cuerpo (fragmentariamente percibido hasta el momento) pero que demanda toda nuestra sutil contemplación, nuestra sensorialidad más íntima y nuestra mente más atenta. Así encontramos, en la espesura de su densidad, aquellos hilos invisibles donde realizar una caricia.

4. Todo acercamiento que exprese la maravillosa expansión del universo es un proceso poético. Una ciudad sintonizada en esta clave reconoce en su espacio la compleja y muy diversa confabulación del tiempo, de los millones de seres que transitaron la horizontalidad aparente de la tierra. De ese modo, en la Ciudad Poética, existe una consciencia de lo histórico, pero no asumiendo la realidad como hechos fijos y determinantes, sino como

fluctuaciones capaces de múltiples interpretaciones y de diversas miradas. El tiempo entretrejado con el espacio constituyen una suerte de materialidad con la que nuestra subjetividad transforma sus propias energías.

5. Una Ciudad Poética es un organismo capaz de equilibrarse a sí mismo en ese reconocimiento de su entorno: el planeta Tierra. La amplificación de la consciencia es una de las raíces fundamentales para los ciudadanos en una experiencia poética de convivencia. El organismo Lima, como ciudad -como entidad capaz de canalizar, estructurar y condensar la energía psico-espiritual de sus habitantes- se encuentra en estado de enfermedad. En otras palabras, la suma de nuestras propias patologías

o desarmonías con nuestro medio (y con nosotros mismos) configuran el gran enjambre de violencia y caos que desestabiliza la expansión de nuestros pensamientos y sentires.

6. El origen de esa desarmonía radica en una cosmovisión planetaria sustentada en la competitividad y la guerra como forma de renovación histórica de las energías de los seres humanos. Desde los orígenes de la llamada modernidad el pensamiento racionalista ha generado una mayor distancia entre el sujeto humano y lo que este denomina “medio ambiente”, término que en castellano actualiza aún más la separación de nuestro ser con respecto al universo del cual somos también intrínsecamente parte.

7. La separación entre humanos a partir de los prejuicios, el temor o la rabia, toman también su propia razón de una ya milenaria incomprensión del pulso cósmico. Es decir, el ser humano se ha contemplado como centro propio de toda consciencia y ha olvidado su naturaleza de tránsito y su verdadero origen más allá de esta materialidad configurada. Ese origen es inabarcable por la discursividad del pensamiento y solo la poesía, en sus diversísimas expresiones en toda acción y contemplación, es capaz de sugerir los símbolos que resuenen y canalicen la energía desbordante de ese origen.

8. La ciudad, como presencia material, organismo conformado de aquella primera sustancia que deviene forma desde lo invisible, es la resonancia de un determinado carácter colectivo. Una visión, un entorno y una comprensión del universo confluyen en la manifestación exterior que constituye toda relación de espacios y de modos de habitar esos espacios. Si buscamos una síntesis podemos encontrar en la ciudad de Lima tres cosmovisiones: La primera, proveniente de la racionalidad occidental moderna, con su respectiva instrumentalización de

la naturaleza y su actual etapa de aceleracionismo productivo. La segunda apunta a recoger ese animismo de las tradiciones andinas y amazónicas, pero integrándose -por su propia condición de no hegemónica- a la productividad antes mencionada. La tercera cosmovisión es la que buscamos articular en este manifiesto y que recoge, ante las evidentes muestras de destrucción medioambiental y de violencia social, aquella necesidad de re-significar la realidad desde nuestras posibilidades imaginativas.

9. Tal cosmovisión es la poética. Una “actitud poética” incide en el respeto de los procesos propios del universo en el que nos movemos, acepta también su inconmensurable belleza y se esfuerza por permanecer en asombro y en constante aprendizaje de aquellos instantes donde un saludo, una palabra gentil, una muestra de afecto, puede cambiar nuestra percepción de las cosas, nutrirnos interiormente y, muchas veces, salvarnos de la anomia y el despropósito. Convocamos la rearticulación -con un enfoque innovador- de esas energías creativas que constituyen el fondo psíquico y el potencial de salud de nuestros ciudadanos. Para ello la estimulación y generación de espacios de creación y formación son de vital importancia. La educación no es un proceso que deba culminar en las escuelas, es también un acontecimiento permanente, una necesidad que configura nuestro sentido de vida.

10. Una ciudad poética está enfocada, estructurada y alentada para la libre expresión de la creatividad de sus habitantes. Comprendiendo la creatividad no como una facultad exclusivamente de resolución de problemas o de modificación de mercancías, sino como una de las pulsiones más misteriosas y preciosas del espíritu humano que conjuga su imaginación, su amor, su voluntad y su capacidad de comunicación con la vida en todas sus manifestaciones. En la ciudad de Lima buscamos implementar el desarrollo

de tal comunicación y expresión a partir de acciones colectivas de exploración creativa, de profundización en los sentidos cósmicos y sanadores de las prácticas culturales de la urbe y de la estimulación del pensamiento creativo en escuelas y centros itinerantes que permitan la conjunción de los ciudadanos en el conocimiento mutuo de sus realizaciones u obras.

11. Cuando expresamos el anhelo de una acción colectiva capaz de convertir a Lima en una Ciudad Poética, nos referimos sencillamente a llamar la atención sobre aquello que ya es cada ser humano: una expresión inspirada, única y excepcional, que se desenvuelve en este universo. No existe una persona idéntica a otra y esa excepcionalidad es quizá la cualidad más esencial de aquella inmensidad de procesos que permiten a una persona existir, relacionarse, compartir... Ciudad Poética busca amplificar nuestras nociones de poesía. Es decir, la poesía no entendida solamente como la escritura de versos, sino como una actitud creativa hacia la vida, una forma de estar en nuestro mundo donde el respeto por la naturaleza, por los seres que nos rodean, y por nosotros mismos, es uno de sus pilares fundamentales.

12. De esta manera, contemplamos a Lima: Ciudad Poética como una forma de respiración, una cualidad en el modelo actual de convivencia, que va generándose desde la espontaneidad de una visión tierna y respetuosa por el milagro de la existencia. Cada instante de comprensión es un hilo luminoso que asciende más veloz que las ondas de radio hacia cúmulos invisibles de galaxias y de estrellas.



APATHEIA, **registro de un precursor: Antonio Cook Garland**

Mi papá publicaba una revista –así la llamábamos– aunque, en realidad, era una antología de textos sobre el camino espiritual. En los cinco números de Apatheia, el primero de los cuales salió en el año 1982, el lector encontraba extractos de libros y entrevistas a grandes maestros de las diferentes religiones y tradiciones espirituales, muchos de los cuales aún no habían sido traducidos al español. La editaba él solo, con la ayuda de sus amigos Claude Dieterich y Maroé Sustí, quienes se encargaban del diseño y la diagramación, y de la mía, cuando me pedía que me encargara de la corrección de textos una vez que estaban listas las pruebas, o que le hiciera algunas traducciones de obras en inglés que a él ya no le daba el tiempo para traducir. Eran los años de la década del 80 y todavía no existían las imprentas digitales: todo se

hacía a mano. Recuerdo su felicidad cuando apareció por mi casa llevando el primer machote de la revista para mostrármelo.

Él elegía todos los textos a partir de las lecturas que le habían aportado indicadores fundamentales para su propio camino espiritual. En ocasiones, escogía un capítulo especial de algún libro; en otras, editaba el texto, suprimiendo algunos párrafos para quedarse solo con lo esencial. Siempre le habían apasionado temas que en ese entonces sólo le interesaban a gente muy particular, muy especial –o “loca”, según la visión de la sociedad limeña en la que él había nacido y de la cual se había distanciado por completo al dedicar su energía y su entusiasmo a su búsqueda. Había mantenido, sin embargo, su trabajo como empresario industrial y minero, y esto hacía que llevara una especie de doble vida. Esas actividades le permitían

ganar el dinero para mantener a su extensa familia, léase esposa, hijos, padres y hermano y, en muchas ocasiones, amigos, y, a la vez, financiar sus frecuentes viajes –siempre relacionados con su búsqueda espiritual– a diversos países de oriente y, todos los años, a Nueva York, donde se reunía con personas que habían estado vinculadas a G.I. Gurdjieff, un maestro poco convencional que se volvió popular entre algunos intelectuales en las décadas del 20 al 40 del siglo pasado en Europa y, luego, en Estados Unidos, y que había dejado un legado de ideas y prácticas que continuaban sus seguidores. Mi padre era uno de los responsables de esos grupos en Lima. Originalmente, mi padre había propuesto sacar la revista como un proyecto de grupo a los integrantes del grupo que él dirigía en el “Trabajo” de Gurdjieff. Pero pronto me confesó que la sacaría adelante él

solo, ya que la gente de su grupo no hacía nada y se había cansado de esperar. Así, Apatheia se convirtió en su proyecto personal más querido.

Las ideas de Gurdjieff no eran las únicas que le interesaban. Poseía una excelente biblioteca, que iba ampliándose con cada viaje que hacía y donde se podía encontrar obras relativas a la mayoría de tradiciones y religiones del mundo, textos místicos y esotéricos de diversa índole, así como también libros de filosofía, literatura y arte. Ahí estaban la Phistis Sophía y el evangelio apócrifo de Santo Tomás, obras de místicos cristianos del S. XII, los libros de Castañeda, de Coomaraswami y Yogananda, al lado del I Ching en la traducción de Wilhelm, textos clásicos del Budismo Zen, los libros de Thomas Merton, de Guenon, de santos sufíes y muchos otros. El Internet no existía en ese entonces y la única manera de acceder a esos textos era a través de los libros. En las entonces escuálidas librerías de Lima no era posible encontrar casi nada referente a los temas que le apasionaban. Esa fue una de sus razones para sacar Apatheia: poder hacer asequibles para otros algunas obras que para él eran fundamentales y que no se podían conseguir en Lima de ninguna otra manera, y menos aún, en español. Su entusiasmo por algún nuevo autor que descubría y su necesidad de compartir ese entusiasmo lo llevaba a veces a comprar seis o más ejemplares de un mismo libro para luego regalarlos a las personas que él pensaba les podía interesar y, en el caso de su familia, aun si no les interesaba pero él consideraba que les sería provechosa su lectura.

Su búsqueda no se limitaba a los libros, sino también a la práctica cotidiana de la meditación y otros ejercicios espirituales, así como al contacto directo con maestros de diversa procedencia. Es así que, a lo largo de su vida, estuvo en contacto con sabios tibetanos, órdenes sufíes y maestros de la India y del cercano oriente que conoció en sus viajes, con algunos de los cuales mantendría relaciones prolongadas. Asimismo, sostenía una asidua correspondencia con algunos autores y autoras cuyos textos le habían “tocado” íntimamente. Entre ellas estaban Helen Luke y Doro Dooling, editora fundadora de la revista Parábola en Nueva York y amiga muy cercana.

Su ecumenismo lo hacía valorar por igual las distintas vías de realización propuestas por las diferentes tradiciones espirituales. “Todos los caminos conducen a Roma”, solía decir. Lo importante era perseverar y dedicar a la práctica de la meditación “aunque sea solo diez minutos, pero todos los días”, nos repetía. Así, en la editorial del número 5 de Apatheia nos dice: “Si aceptamos que la última realidad es Una, podemos aceptar que las vías son muchas, y que cada hombre, cada buscador, puede seguir un sendero según su propia naturaleza”.

En los cinco números de Apatheia encontramos,

aparte de algunas entrevistas, textos de Vivekananda, Yogananda, el Shaik Al’Alawi, Shunryu Suzuki, Jacob Boehme, Ibn Arabi, Gandhi, San Juan de la Cruz, Tartang Tulku Rimpoche, Gurdjieff, C.G. Jung, Thomas Merton, Meister Eckhart, Hakuin, Helen Luke, y muchos otros que, aunque pertenecientes a diversas épocas y tradiciones, apuntaban a través de diferentes caminos hacia la misma meta, el mismo misterio: la realización de Dios, la Iluminación, la Conciencia Plena, el Samadhi, el Satori, el Conocimiento de Uno Mismo. “El nivel de su movimiento dependerá de su capacidad para la autodisciplina, de la intensidad de su amor y de su entrega sin condiciones”. (Apatheia 5, editorial)

Apatheia llegó de mano en mano a lugares insospechados como, por ejemplo, una prisión colombiana. Me pude enterar de esto cuando, después de la muerte de mi padre en el año 1,990, revisé sus papeles y su correspondencia. Había recibido una carta escrita desde la prisión, donde el autor le agradecía profundamente por la revista, algunos de cuyos ejemplares le habían sido prestados por un amigo. ¡Qué satisfacción saber que uno ha ayudado a aliviar el peso de una vida marcada por la tragedia! Y, sin embargo, él nunca había compartido esta carta, así como otras que recibió, siempre cargadas de agradecimiento. Mi padre no sabía aceptar un gracias o un reconocimiento. Para él, lo que hacía era simplemente lo que tenía que hacer. Sabía dar espléndidamente y siempre nos repetía con convicción: “Todo viene de arriba”. En consecuencia, Apatheia casi nunca se vendió; él la regalaba sistemáticamente. Si algunos ejemplares se vendieron en alguna ocasión, fue por cuenta mía, con el argumento de que recuperara algo de la inversión. En la editorial del número 3 cita a Teófilo el Recluso que afirma: “Todo está frío sin la gracia y ésta es un don gratuito. No podemos hacer más que pedir al Señor: Señor ten piedad de mí. Porque la gracia es siempre gracia, y ella es independiente del esfuerzo humano. Aquel que la confunda con su propio trabajo será privado de ella por esa misma razón”.

El nombre de la revista, “Apatheia”, fue motivo de controversia con su amiga Doro Dooling, quien le sugería que usara otro, y yo misma recuerdo haberle dicho que me parecía que traía a la mente la palabra “apatía” y que podía malinterpretarse, pero él insistió en el sentido tradicional del término, que -como se define en la editorial del primer número- significa des-apego. Desapego e indiferencia hacia el mundo material, “un estado indefinible” que podemos relacionar con lo místico. “En el estado de Apatheia, la unidad del ser humano es restaurada gracias a la integración de todos los movimientos de su psiquismo. En dicho estado su energía se concentra en amar a Dios, y al prójimo, espontáneamente.

(Apatheia 3, editorial)

El nombre de la revista definía a mi padre de alguna manera, pues el desapego, definitivamente, era una de sus virtudes. A modo de anécdota, en una oportunidad obligó a llevarse una pieza de su colección de arte oriental a un huésped que la había admirado en particular. “Si te gusta, llévatela”, le dijo, y no hubo lugar a discusión.

Gracias a mi padre, muchas personas pudieron tomar contacto con maestros y tradiciones que, de otra manera, nunca hubieran conocido. Los textos que publicó pudieron -como él proponía en su editorial y era su esperanza- “resonar en el corazón de los lectores, despertando y alentando las grandes preguntas que dormitan en todo ser humano”. (¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?)

Mi papá solía decir que había personas que tenían preguntas y personas que tenían respuestas y que las primeras eran mucho más interesantes que las segundas. Su capacidad de asombro, su entusiasmo, su inagotable energía, su empatía, su amor por la vida, su interés y curiosidad por una infinidad de temas sumados a su gran generosidad, hacían de él un gran conversador. Al estilo antiguo, proponía con una sonrisa llena de entusiasmo: “Vamos a hacer tertulia y a hablar de cosas interesantes”, y nos llevábamos el café a la sala, donde -muchas veces también regadas con buen vino- las conversaciones podían prolongarse durante horas sin que nadie se aburriera. La mayoría de mis mejores amigos le contaba sus problemas en privado, y desde el primer día pasaban a formar parte de su gran círculo de amigos, con los que compartía su búsqueda.

Mi padre siempre soñó con vivir hasta una edad avanzada, pero murió de cáncer a los 64 años, luego de una vida intensa y multifacética, dejando casi listos los textos del número 6 de Apatheia que, lamentablemente, ya no vería la luz. En estos tiempos, en los que casi todo se puede encontrar en la web, en los que todo lo que antes se mantenía en estricto secreto y reservado para los iniciados es accesible para cualquiera que se dé el trabajo de indagar un poco, y en los que gran parte de ese conocimiento relativo a la vida espiritual que anteriormente era exclusivo para los pocos que tenían el privilegio de viajar y tomar contacto con maestros y escuelas está a disposición de todos nosotros, me pregunto qué hubiera pensado o sentido él.

Sirva esta pequeña memoria para honrar y recordar a mi padre, Antonio, y su revista precursora, Apatheia.

La extensión artificial de la infancia

Kingsley L. Dennis

Los primeros años de la infancia son años de formación durante los cuales los corazones y las mentes de las almas jóvenes se nutren y desarrollan. También es el periodo de escolarización obligatoria, una forma de programación social e informativa que nos llega mucho antes de que podamos convertirnos en adultos plenamente formados. Lo que hoy en día entendemos como formas «modernas» de escolarización comenzaron durante la era industrial, en la cual el sistema de notas entró en vigor como una forma de calificación colectiva. Actualmente los estudiantes obtienen un 80 o un 75 o un 60, o un 45 como una señal de su capacidad[i]. Nuestras instituciones y sociedades modernas miden el valor de un individuo de acuerdo con estas notas, que luego les siguen a todas partes durante el resto de sus vidas como una «marca de estatus». No es una coincidencia que el ascenso de las naciones industriales viese cómo surgía la escolarización obligatoria que servía para crear una población de trabajadores potenciales. Cuando se requieren trabajadores automatizados como engranajes en la maquinaria, lo último que quiere el sistema son individuos creativos, visionarios con mentes propias. Se trata de un sistema social en curso que sigue a la persona durante toda su vida y al cual me refiero como la extensión artificial de la infancia.

Muchas de nuestras escuelas, especialmente en el mundo «moderno», se han convertido en factorías de infantilismo, donde los niños son forzados a hacerse mayores sin crecer. Quizá no sea una coincidencia que la categorización formal de «adolescencia» llegase alrededor de la época en la cual la escolarización obligatoria se estaba consolidando en cuerpos

estatales organizados. Es un hecho aceptado que la escolarización obligatoria de la era industrial tardía se basaba en el modelo prusiano. Se la ha criticado ampliamente como «un sistema educativo deliberadamente diseñado para producir intelectos mediocres, incapacitar la vida interior, negar a los estudiantes habilidades de liderazgo apreciables, y garantizar ciudadanos dóciles e incompletos: todo con el fin de hacer que la población general sea ‘manejable’».

A una edad temprana, los niños se dividen por materias, grados y clasificaciones, expectativas autoritarias, y muchos otros medios sutiles, que cuando se combinan entre sí crean un sistema que desarrolla individuos separados, dúctiles y obedientes que son dóciles para adherirse a la vida de consumidor-colectivo que les espera. En aras del desarrollo de naciones económica y políticamente complejas, sería eficiente disponer de una población regulada, intelectualmente empobrecida, que se amoldase a la autoridad y aceptase su suerte en la vida. Una mente moldeada por test estandarizados y programada por aquiescencia forzosa parecería ideal a una élite gobernante.

William Torrey Harris, comisionado de educación de EE.UU. desde 1889 hasta 1906, declaró que la sociedad necesitaba una herramienta para desarrollar la alienación psicológica de manera que los niños pudiesen depender de una autoridad externa. La mejor forma de conseguirlo, decía, era dentro de pasillos oscuros y mal ventilados. En su *Philosophy of Education* (1906) escribió que:

El noventa y nueve por ciento [de los estudiantes] son autómatas, cuidadosos de discurrir por los senderos prescritos y las costumbres recomendadas. No se trata de un accidente sino del resultado de una educación sustancial que, definida científicamente, es la subsunción del individuo. ...El gran propósito de

la escuela puede realizarse mejor en lugares oscuros, mal ventilados, feos... La escuela debería desarrollar el poder de retirarse del mundo exterior.

Es una mentalidad que sabe que, desarrollando entre los niños la alienación individual, es más fácil para ellos hacerse cargo de los empleos triviales en un mundo desmotivado, dando vueltas a las hamburguesas o empaquetando cajas. Tal tipo de existencia puede tolerarse mejor sin una vida interior rica.

La educación fue secuestrada a fin de convertirse en un terreno de entrenamiento para implantar una mentalidad deliberada, creando una amplia clase de trabajadores-autómatas abonados a un estilo de vida consumista. Es un programa que inculca la capacidad de aguantar el aburrimiento del trabajo rutinario en tanto que detiene el desarrollo interno. Los niños crecen en edad, pero se mantienen dentro de una fase infantilizada, inmadura. Tenemos que admitir que estos objetivos no tienen que ver con conspiraciones sino con la política.

Desarrollo detenido

Un documento enorme de política gubernamental llamado *The Behavioral Science Teacher Education Project* describía reformas para que la escolarización obligatoria se implementara en la educación en Estados Unidos, a partir de 1967, de forma contundente. Sus objetivos declarados eran controlar las masas populares y exponerlas a «la influencia directa o subliminal cuando fuese necesario» para desarrollar una sociedad en la cual «pocos fuesen capaces de mantener el control sobre sus propias opiniones». El informe también decía cómo después de 1967 «la experimentación química» en menores llegaría a ser un procedimiento normal: una prefiguración de la epidemia actual de prescripción y uso de drogas como Ritalin y Adderol en las aulas.

La educación en nuestras sociedades modernas está sirviendo para des-individualizar a los estudiantes en un sistema que favorece la estandarización por encima de la visión y la creatividad. No es de extrañar que las pruebas estandarizadas sean la pesadilla de la vida de los estudiantes y la causa de tantísimo estrés. En Estados Unidos, el SAT (Scholastic Assessment Test o Prueba de Evaluación Académica) dice que mide la alfabetización, las nociones de aritmética y las habilidades de escritura necesarias para tener «éxito académico» en la universidad. Y lo cierto es que los SATs son famosos por el uso de vocabulario oscuro y la rigidez que favorecen la regurgitación de aprendizaje condicionado sobre la inteligencia individual. Los SATs se diseñan para clasificar a los estudiantes –la mentalidad jerárquica– más que para medir lo que saben. Estas etiquetas de clasificación permanecen con los estudiantes a lo largo de sus vidas y además condicionan un estado psicológico de «número de estatus» o bien fracaso, indignidad. Se sabe de estudiantes que se han suicidado o se han autolesionado debido al estrés de los exámenes educativos.

Se nos hace creer que el «éxito» se correlaciona con la «escolarización» pero eso no es verdad desde ningún punto de vista intelectual o financiero: es un mito de nuestro condicionamiento. De hecho, una gran cantidad de gente exitosa, inventiva y/o rica ha llegado a serlo gracias a sus propios impulsos autoiniciados. Haced vosotros mismos los deberes. Buscad las vidas de personas creativas e inventivas que hayan dejado huella en el mundo y ved cuántas de ellas atribuyen su éxito a su entrenamiento escolar. También puede que os sorprenda cuántas de estas personas en realidad abandonaron la escuela y optaron por rutas alternativas. La escolarización obligatoria detiene el desarrollo de las mentes creativas, imaginativas e innovadoras; es un terreno de entrenamiento formativo que prepara a la gente joven para una vida en la cual los sistemas sociales continúan desproveyéndonos de nuestras responsabilidades económicas (crédito cómodo), culturales (seguridad social fácil), emocionales (entretenimiento simple) e intelectuales (respuestas simples falsas y noticias falaces).

Quizá la única cosa veraz acerca de la escolarización obligatoria es que enseña a los niños cuál es su lugar en el orden social, el cual se mantiene luego durante toda su vida para la mayoría de la gente. Puede que pensemos que mandamos a nuestros niños a

la escuela para que unos perfectos desconocidos les enseñen y les den información de la cual no podemos estar seguros con el fin de que aprendan a ser inteligentes. Pero justamente ese no es el caso. Estamos enviando niños a que sean condicionados para aceptar la narrativa dominante y a que se instruyan para amoldarse. La escolarización no se basa en los intereses de los estudiantes sino exclusivamente en los deseos de otros que actúan de acuerdo a sus propios intereses.

Fijaos en cómo las escuelas son cada vez más un reflejo de las prisiones, especialmente en Estados Unidos. Los estudiantes, antes de entrar al colegio, tienen que pasar por detectores de metales o guardias armados los cachean. No pueden ir al aseo sin que se les dé un «pase de pasillo» y sus movimientos se vigilan en todo momento. Este tipo de escolarización se convierte en un laboratorio para la sociedad ulterior, donde se les entrena en la vigilancia y el castigo para que siempre estén al alcance de la mano. De la factoría de escolarización a la prisión: en Estados Unidos está encerrado el veinticinco por ciento de todos los prisioneros del mundo. Obviamente aquí algo le está fallando a la gente; o la está preparando.

Una pérdida de creatividad

En la educación real se trata de perspectiva integral, consciencia contextual y establecimiento de conexiones. Estas cualidades, cuando se ejercitan y se fortalecen, ayudan a desarrollar una mayor autoconsciencia. Aprender tiene que ver con el crecimiento interior y el conocimiento de uno mismo. De otro modo uno es otro engranaje dócil más dentro del sistema del paradigma mental colectivo dominante. La autoconsciencia y el autoconocimiento es lo que nos ayuda a integrarnos en un medio ambiente más amplio, y a vivir vidas sociales equilibradas y coherentes. Lo totalmente opuesto a ello es la autoalienación, que, recordemos, era uno de los objetivos inicialmente declarados de la escolarización obligatoria: realizada dentro de «lugares oscuros, sin ventilación, y feos».

A lo largo de la historia de la escolarización obligatoria dentro de sociedades modernas tales como Estados Unidos y el Reino Unido hubo una erosión de la imaginación de los niños y un descuido de su vida interior. Las clases de arte, música, escritura creativa y otras materias creativas se han ido eliminando

gradualmente del currículo. En lugar de eso el estudiante se ve confrontado (o traumatizado) por ejercicios memorísticos interminables y exámenes de respuesta múltiple, y otros tipos de pruebas estandarizadas. El resultado de ello es que, en agosto de 2006, en Estados Unidos la Comisión Nacional sobre el Futuro de la Educación Superior, informó que: «Solo el treinta y uno por ciento de los americanos con educación superior podía comprender plenamente una historia periodística, por debajo del cuarenta por ciento de hacía una década». Casi parecería como si hubiese una política deliberada de mantener a la gente tonta.

Se nos brinda una mente colectiva de conformidad, en la cual la creatividad, la visión y el contexto integral más amplio estén perceptiblemente ausentes. En lugar de ello disponemos de una gama de modelos educacionales de resonancias vanguardistas tales como «aprendizaje para el dominio»; «educación basada en resultados»; «de la escuela al trabajo»; «asociaciones entre aulas y negocios». Todas ellas suenan como muy orientadas hacia un trabajo futuro, ¿pero el futuro de quién?

Quizá nunca antes se nos haya presentado la reflexión sobre el futuro con tantos pensamientos contradictorios. Tenemos más certeza de nuestra incertidumbre que de nuestro futuro. Y, aun así, al mismo tiempo, nuestras generaciones más jóvenes son confrontadas y bombardeadas con impactos, influencias y distracciones negativas sin precedentes. Lo que se necesita es un cambio de los currículos fijos de validez universal y de las espantosas pruebas estandarizadas. Lo que precisamos es más autoeducación y más actividades autodidácticas con visión, innovación y creatividad. La imaginación necesita que se le den alas para volar que no sean recortadas y abolidas desde el entorno de aprendizaje.

Algunas de nuestras mejores mentes han sido soñadoras, incluyendo al famoso Einstein. La imaginación es uno de los valores que puede rechazar la influencia de la mente socialmente constreñida. Dejemos vagar libremente nuestras mentes.

Pedro Favaron



La quietud y la unidad

Muchos viven sus vidas casi sin detenerse, buscando en el mundo exterior algo que los satisfaga, un logro que los haga sentirse reconocidos o una posición que los embriague de poder. Pensamos que seremos felices cuando consigamos un ascenso en el trabajo, cuando se incrementen nuestras cuentas bancarias, cuando consigamos la pareja soñada, cuando nuestro candidato político alcance la presidencia. Siempre se va en busca de algo de lo que se cree carecer. Y hacemos grandes esfuerzos por conseguir lo que deseamos, siendo productivos y respondiendo a las urgencias de agendas apretadas, sin tiempo para aquietarnos y sentir el palpito de los árboles, la palabra del viento, el gozo del presente y nuestra voz interior. Es así

que nos vamos alejando de nosotros mismos hasta olvidar, casi por completo, la existencia misma de nuestra alma, de nuestro ser interior que anhela la unión con Dios.

Depositar nuestras esperanzas en el mundo exterior es insensato. No importa qué tan codiciado o mágico sea el objeto que se persigue, ni cuáles sean los atributos que se le otorgan. Una vez que se le consigue, y pasado el breve tiempo de romance apasionado que surge al poseer una novedad exótica, otra vez, de forma ineludible, retornamos a la insatisfacción. Y nuestra mente empieza a codiciar algo nuevo, pensando que esta vez sí, cuando se le consiga, nos sentiremos completos. La naturaleza misma del deseo egoísta es su incapacidad de

saciarse. Nuestra mente suele consumirse en la sucesión incesante y caótica de vanas necesidades que nos conducen a callejones sin salida. Siempre queremos más. Nunca nos damos por satisfechos. Nunca es suficiente. Y todo nace de un menosprecio personal: no valoramos lo que somos, sino que pensamos que nuestra valía dependerá de lo que tengamos y de lo que aparentemos tener ante los demás. No puede ser libre quien vive gobernado por las exigencias del deseo; es, por el contrario, un esclavo de la carencia, de la mentira y de la inquietud del ego.

Cuando el Espíritu de Dios nos ilumina con su gracia, podemos empezar a ser conscientes de la insensatez de nuestra carrera omnívora. Hacernos conscientes

de la exacta y abismada condición en la que vivimos, es una experiencia dolorosa, casi insoportable; pero es una gracia divina, ya que esta toma de consciencia es imprescindible, pues solo ella nos lleva al arrepentimiento y al cambio de actitud. No hay posibilidad de transformación sin arrepentimiento. El arrepentimiento era la gran prédica de Juan el Bautista en el desierto. Juan enseñaba que, más importante que seguir codiciando lo que el mundo nos ofrece y acumular bienes materiales, era ser puros ante Dios y vivir según su justicia. El agua del Jordán limpiaba a los arrepentidos de sus pecados y daba de beber a sus almas. Cuando nuestra mente es iluminada por la luz del Espíritu, vemos de pronto que toda nuestra persecución de satisfacciones externas nos enferma y nos trae más sufrimiento.

Al sentir la voz de Dios viva en nuestra alma, comprendemos que todos esos deseos egoístas que nos condicionaban, eran solo ilusiones de nuestra mente con la que nos identificábamos solo por una limitada comprensión del ser interior. No podemos salir de la confusión si no recibimos la inspiración de Dios; su Espíritu debe sembrar esas maravillosas semillas de reminiscencia en nuestro corazón, para así tomar consciencia de nuestra más íntima y verdadera constitución. Una vez arrepentidos y abierto nuestro corazón de par en par, el Espíritu empieza a limpiar de nuestra vida de todo lo que no nos deja ser auténticos y plenos; nos perfuma, nos renueva y nos devuelve a la pureza necesaria para vivir en Unidad. Y cada vez va creciendo en nosotros un mayor amor por lo alto y hermoso, por lo bello y estable, por el silencio y la quietud, que habita en nuestro mismo interior; y este amor va erradicando de nuestro corazón todo afán e inquietud, todo deseo por los bienes del mundo, todo aquello que nos distrae y nos impide ser. Entonces podemos estar tranquilos, quietos en el presente, respirando hondo.

La contemplación se perfecciona cuando nada inquieta nuestra consciencia. Quien contempla el mundo sin pretender apropiárselo, puede gozar al observar que todos los seres vivos se encuentran unidos a Dios. Cuando logramos serenarnos y respiramos sin afán ni deseo, sentimos la presencia de Dios animando y sustentando toda vida, aunando todos los latidos. Y seremos conmovidos por su amor, su belleza y su nutriente generosidad, que sostiene a la totalidad de los seres. En el corazón del santo despiertan entonces atributos que lo hacen semejante a Cristo, ya que al igual que Cristo, el santo no responde a los deseos egoístas, sino que toda su vida tiene sentido al servir a los demás. El santo no vive para sí, sino que vive para Dios y para los otros. Cuando el Espíritu de Luz nos libera, puede fructificar en nosotros la comprensión, el amor y el anhelo de servir a los otros con compasión. Es desde esa paz de corazón de la que puede brotar la medicina que cura el sufrimiento del mundo.

La Esencia de Dios es inmovible y permanente; aun cuando su Espíritu creador se manifiesta y promueve la constante transformación que experimentan los seres de la creación, nada perturba su quietud. Dios es movimiento en los fenómenos y quietud fuera de ellos; e incluso puede decirse que Dios es quietud perfecta en el seno de la realidad fenomenológica, de lo que acontece y se transforma, de lo que sucede en todas las múltiples dimensiones en las que se desenvuelve lo real. Quienes habitan en Él de forma perfecta y en quienes Él habita, tampoco pueden ser por nada perturbados; nada temen del cambio o del devenir, de la separación o de la cercanía. Cuando una persona es llena del Espíritu, comparte, en la medida de sus posibilidades, ciertos atributos de Dios, que fueron los atributos con los que Dios concibió a Adán antes del pecado: es así como se hace imperturbable como el monte de Sion.

Cuando nuestra percepción es clara y tranquila, la rauda velocidad en la que todo cambia no nos engaña: sabemos que debajo de la transmutación de la existencia, la unidad permanece estable. Aunque la creación no cesa de hacerse a sí misma, de seguir creando e innovando, permitiendo que emerjan nuevas formas de manifestar el aliento vital, el corazón de Dios se mantiene en la quietud absoluta, aun siendo Él mismo el motor de todos los fenómenos; en su latido pausado y sosegado no entra ningún ruido o perturbación, y el santo halla en Él refugio y sombra para escapar a las agitaciones del mundo. Descubriendo a Cristo en su corazón, se sosiega en el recogimiento y la oración. El corazón que se hace semejante al corazón de Cristo, no conoce la inquietud.

Cambio y estabilidad, fugacidad y permanencia, se complementan para formar la unidad de lo real. La luz permanente se revela en medio de lo impermanente e inestable. Pero nada de esto puede ser intuido si vivimos atrofiando nuestros sentidos físicos y desconectados de nuestras facultades interiores; cuando nos embotamos de alimentación insalubre, de ruidos innecesarios, de afanes diarios, somos incapaces de despertar a las capacidades contemplativas del Espíritu. Una vida en santidad y cercana a los espacios dilatados, con los pies descalzos y acomodándonos a los ritmos del cielo y de la tierra, es lo más propicio para vivir de forma plena los atributos perceptivos de nuestra condición original en Cristo. ¡Que Dios despierte a Cristo en nosotros, para que así, libre de ataduras del mundo exterior y sin pretender apropiarnos de nada, podamos gozar de la quietud que surge en la unidad! Amén.

MONTAÑA Y EL F

David Novoa


Foto: José Carlos Orrillo

Leyendas vivas del rock nacional

Daniel F y Raúl Montaña crecieron en las calles de Lima: crecieron sus cuerpos adolescentes y delgados, sus melenas rockanroleras y su música. Tocaron antes de conocerse y lo siguieron haciendo después de separarse; sus destinos se rozaron, se acompañaron y se estrellaron. De sus manos salieron los acordes más enardecidos y soñadores del rock peruano, y en sus temas sonaron las voces de los que no habían sido escuchados.

La vida siguió su curso y las melodías que entonaron se han impregnado como sudor en el polo de la historia, y lo mejor de todo: les permitieron vivir tal como quisieron: libremente, plenamente: musicalmente.

Cada quien desde sus fueros: melancólico e intelectual, el F; visceral y terrenal, Montaña. La música los guio por sendas diferentes y, al final, sus canciones se unieron en el himno de la experiencia,

en el canto al presente, en el rock de la eternidad. Sus canciones siempre harán danzar nuestro ser imperecedero, aunque ya no bailemos -ni nosotros ni ellos- en esta dimensión.

El Ojo Interior saluda a estos dos creadores del Perú, espíritus armónicos cuyas emanaciones resuenan aun en las inolvidables noches de amistad y rock and roll.

¡Gracias, Raúl y Daniel, quijotes armados de guitarras!